

EL MATRIMONIO EN VARIOS PUEBLOS ANTIGUOS.

¡El matrimonio! He aquí una de las instituciones más sublimes, más sábias y más santas; he aquí uno de los primeros detalles de la Divina Inteligencia. Dios hizo el mundo, creó al hombre á su imagen, formó á la mujer de una costilla de éste y bendiciendo á ambos les dijo: «creced y multiplicaos.»

«El hombre dejará á su padre y á su madre y estará unido á su mujer y los dos vendrán á ser una misma carne». Esto dice el Génesis para indicar que son indisolubles los lazos del matrimonio, por cuya divina y antigua institución se propaga la gran familia humana, se evita el repugnante espectáculo que ofrecería el mundo si envuelto en el torbellino de los desórdenes, se entregase cada individuo al más desenfrenado apetito. ¡Qué sabia es la Providencia infinita! El matrimonio debe considerarse como la base fundamental de la civilización.

Si en la sociedad seria un caso horrible, porque entregados todos en brazos de sus propios deseos conduciríanse después al más inmundo lodazal de las pasiones humanas.

Los lazos del matrimonio, esa unión indisoluble que se verifica entre el hombre y la mujer, que representa una de las más sagradas y sublimes inspiraciones del Ser Supremo, esa unión que tantos placeres y delicias proporciona cuando es consecuencia inmediata del amor más puro y del cariño más verdadero, se ha envuelto desde la más remota antigüedad en multitud de ceremonias de las que aun en nuestros días conservamos varios vestigios; pues el trascurso de los siglos y á medida que la antorcha de la civilización ha ido iluminando las tenebrosas cavernas del oscurantismo, las generaciones marchando rápidamente por el camino del progreso y de la cultura y rasgando el velo de la ignorancia que les envolvió, han desterrado todos aquellos actos que hoy consideramos como ridiculeces de tiempos pasados.

Una de las más sagradas é imprescindibles obligaciones de los hebreos, era la realización del matrimonio. Aquel que no cumplía estrictamente tan rigurosa ley, se le consideraba como un ser envilecido y deshonrado porque la esterilidad, así como en los demás pueblos, era una ignominia, pues todas las mugeres hebreas creíanse elegidas para abrigar en su vientre al hijo de Dios, al Redentor de los hombres que según uno de los dogmas judíos había de nacer de una mujer de esa raza maldita luego por Jesucristo.

El Génesis (cap. XX. vers. 18) dice, que el Señor castigaba los grandes delitos de las familias privándoles de sucesión, así es que Sta. Isabel en el momento que notó su embarazo exclamó «*Quia sic fecit mihi Dominus in diebus quibus respexit au-*

ferre opprobrium meum inter homines: (1) esto ha hecho el Señor conmigo ahora que ha tenido á bien borrar, mi oprobio delante de los hombres.

El mutuo consentimiento de los que aspiraban á la unión matrimonial era suficiente entre los hebreos para efectuar el enlace, si bien este en los primeros tiempos no se consideraba como indisoluble; pues aquellas jóvenes que se casaban antes de contar doce años de edad, al cumplir estos la ley les concedía amplias facultades para abandonar á sus maridos.

Dice Fleuri, que el matrimonio judío era considerado como un contrato civil; así es que la celebración de este se verificaba en el templo sin alguna ceremonia religiosa únicamente los padres de los contrayentes recitaban sentidas oraciones solicitaban la bendición de Dios. Si al fallecer el marido no dejaba hijos, un hermano de este ó en su defecto el pariente más cercano era obligado á unirse á la viuda y procurarle sucesión, la que se consideraba como del primer marido.

Las bodas de los hebreos duraban 7 días y su ley les permitía casarse con cuantas mujeres tuviesen á bien, exceptuando al Sumo Pontífice que no podía enfazarse más que con una; pero esa misma ley prohibió la unión de una hebrea con un israelita de cualquier tribu, siendo esta heredera, para evitar de este modo que pasasen de una tribu á otra los bienes hereditarios.

El divorcio practicábase ya en tiempo de los hebreos. Estos tenían la libertad más amplia para abandonar á sus mujeres si cometían adulterio.

Los asirios: Aquí vemos á un pueblo que dedica una época determinada del año para reunir todas las jóvenes solteras y á la voz del pregonero son vendidas á pública subasta ¡Oh civilización que tarde comenazarte á esparcir tus vayos deslumbradores por la tierra! Al lector seguro estoy que le causará espanto y admiración el relato de aquella venta pública; pero sin embargo no faltará quien esclame ¿por qué no haber nacido en aquella deliciosa época, ó ya que en esto, porque no verificarse hoy aquella subasta humana?

Del lector: Todas las hijas de Eva que se reunían para la venta eran clasificadas rigurosamente por el mayor ó menor grado de hermosura que poseían. Comenzábase la subasta por la más hermosa. El pregonero gritaba la cantidad que ofrecían por ella, acudían un inmenso enjambre de postoras, elevábase considerablemente la cantidad pregonda y aquel que ofrecía mayor caudal cogía la prenda y unirse á ella por los lazos del matrimonio. Con iguales ceremonias continuaba la subasta de todas las mujeres hermosas

Capítulo 1.º del Evangelio de S.

pero se agotaba el número de estas y ya la faz de aquel espectáculo sufría en el fondo una variación radical.

El importe entregado por los dichos que adquirieron todas las jóvenes hermosas, reuniase y se destinaba para dote de aquellas á quienes la naturaleza había privado el don inapreciable de la belleza.

Estas eran anunciadas por el pregonero y los jóvenes que menos cantidad de dote exigían para poseer las eran preferidos á los demás. El espectáculo nada en verdad tenía de moral ni edificante sino antes al contrario de repugnante y bárbaro; pero á pesar de todo es un medio eficaz para que la sociedad no se viera constantemente invadido por un número inmenso de solteras que ven con dolor y desesperación pasara los años y con ellos eclipsarse la hermosura que antes brillara en su rostro juvenil.

Abandonemos á los asirios y volviendo nuestra vista hácia los espartanos contemplaremos reunidos en una habitación á un número igual de jóvenes de ambos sexos. Privados todos de la luz y envueltos en las más oscuras tinieblas, el hombre se ve precisado á unirse por los lazos del matrimonio, con la primera mujer, sobre la cual haya colocado la mano en aquel envuelto mar de seres que se agitan ignorando cual será la suerte que les espera. ¡Qué cuadro más original! ¡escoger su compañera á favor de la oscuridad! ¡Cuántos felices y cuántos desdichados!

Los nobles y grandes romanos, cuando determinaban casar una de sus hijas, celebraban un suntuoso banquete al que eran invitados todos sus amigos. Al terminar el convite la joven escogía uno de los convidados para esposo entregándole, para manifestarlo, un vaso de agua.

Plutarco dice que en Atenas podían contraer matrimonio los hermanos uterinos, y Montesquieu, refiriéndose á las costumbres de los Sanmitas, dice que en esta pequeña república se reunían los jóvenes varias épocas del año y los jefes de aquel estado examinaban la conducta de cada cual y después de una equitativa clasificación, según sus hechos y sus virtudes respectivas, como premio de su honradez, les concedían facultades para elegir por esposa á la mujer que más le agrada se entre todas las de aquella república, recompensa la más noble, la más grande y la menos onerosa para este pequeño estado, como dice un escritor.

En Lacedemonia, el hombre no podía contraer los lazos matrimoniales hasta después de haber cumplido treinta años de edad. La mujer no daba á su marido más que el honor y la virtud, evitándose con esta sabia costumbre el que la unión se verificase por el interés. El día destinado para celebrar la boda, el esposo arrancaba casi á la fuerza á su

prometida de los brazos de la madre y trasladándola á su morada, en el momento de pisar los umbrales de esta, una mujer que la seguía le cortaba el cabello. Inmediatamente la despojaban de sus vestiduras y disfrazada de hombre era conducida sin luz al lecho nupcial, á donde furtivamente acudía el marido á media noche, teniendo éste que abandonar aquel aposento para hallarse al amanecer en su cama.

Entre los atenienses, el marido se adornaba el día de la boda con dátiles, higos y legumbres. Ataviado con estas joyas inestimables se presentaba en casa de su futura esposa y los dos eran conducidos al lecho. La concurrencia abandonaba el aposento; pero dos coros de jóvenes y doncellas se situaban á la puerta de éste y entonaban el epitalamio (1) pequeño poema hecho para manifestar á los conyuges que les deseaba una unión dichosa.

La costumbre que aun en nuestros días y entre nosotros existe de darse la mano los novios al recibir la bendición del sacerdote, se practica desde la más remota antigüedad, pues los hebreos consideraban esta ceremonia como la más esencial é importante.

Los romanos esperaban á la puerta de su casa á la joven prometida y al llegar, éste le interrogaba ¿Quién era ella? la que respondía *Ubi tu Caius ibi ego caia*. Después de esta ceremonia, la esposa, sin tocar los umbrales de la puerta porque lo creían presagio de una desdichada unión, era trasladada por la concurrencia al interior de la casa donde después de cenar los conducían igualmente al lecho nupcial y mientras permanecían en él les cantaban entre los armoniosos acordes de las flautas y otros instrumentos, el epitalamio que usaban los atenienses.

En Roma las leyes permitían contraer matrimonio á los hombres desde los catorce años de edad y á las mujeres desde los doce. Augusto abolió el impuesto que la ley romana exigía á los solteros y viudos. ¡Qué inmenso caudal ingresaría en las arcas del Tesoro si hoy existiera la ley abolida por Augusto!

Bacon decía, que la esposa es una querida ó una amiga para el joven, una compañera para el hombre de edad y una asistente ó enfermera para un viejo, y el gran Canciller Tomás Moró, comparaba al hombre que se casa, con aquel que introduce la mano en un saco donde únicamente hubiese una anguila entre noventa y nueve serpientes. No me atrevo á dar mi opinión sobre este asunto porque ni soy sabio ni he llegado aun al momento de que pueda ser comparado con el que mete al

(1) El origen de este se ignora, solo puede afirmarse que ya existía en tiempo de David.